

Mercedes Benito

El alba

“La soledad: ¿qué puede haber más grave para una mujer reducida a una compañía cualquiera cada noche, para no sentirse sola ante el alba que nos desnuda por dentro? (...) el alba implacable, la hora en que mueren los músicos y los poetas (...)”

El alba que nos desnuda por dentro... ¡Qué poético, Sampedro! Un cuento triste pero hermoso. Hermoso pero triste. Cierro el libro, apago la luz, que mañana me tengo que levantar al amanecer para ir a currar. Quiero soñar con el alba. El alba que nos desnuda por dentro. Preciosa frase. Pura poesía.

Yo me levanto cada día para ir a un trabajo aburrido. Pura prosa. Al alba mueren los músicos y los poetas. Los demás morimos de noche, al menos eso he escuchado alguna vez, que muere más gente por la noche, también que nacen más bebés, y a los condenados a muerte los ejecutaban al despuntar el día. He leído que en la guerra civil operaba una “Brigada del amanecer”, cuya misión es fácil de imaginar. Pura tragedia.

A mí me persigue el amanecer. En sus últimos días, mi madre saludaba, gozosa, cada nueva mañana, alimentaba la esperanza pese a que había aprendido a descifrar los avisos de la implacable: “otro amanecer, qué bonito, es mi hora favorita”, repetía. Eso no impidió que apareciera muerta, precisamente, un amanecer. Pobrecita.

Me he despejado. Enciendo la luz y vuelvo al cuento. La Archiduquesa se sentía sola pese a estar rodeada de hombres cada noche. ¿Hay algo peor que la soledad en compañía? A mí no me importaría un poco de variedad después de un montón de años, ya no recuerdo cuántos, durmiendo con un marido aburrido. Un tostón, pero estaba acostumbrada a él. Mi soledad yacía agazapada. Y, lo que son las cosas, una noche discutimos, discutimos mucho. Al final me soltó que, en cuanto amaneciera, se largaba. Y se largó. No esperó a la salida del sol.

Está visto que el amanecer no es lo mío, que mi vida es una mierda. Del tiempo nace la costumbre. Por eso, al ver el hueco en la cama cuando desperté, sentí como si me hubieran cavado un pozo en las entrañas. Me asomé al abismo y, por instinto, me agarré al brocal hasta hacerme sangre en los dedos, como un naufrago que se aferra a un tronco flotante... Al poco, del propio vértigo, brotó un impulso más fuerte que yo. Saludé a la soledad. O a la libertad. A bruta no hay quién me gane.

Ahora, me niego a soportar un yugo tan pesado y largo; alguna que otra noche con un hombre digno de entrar en mi cama, sería bienvenida. No soy ni guapa ni fea, del montón, como dictaminaba mi padre en una catalogación del físico de las mujeres que no se cortaba en sacar a la luz. Eran tiempos oscuros. Aunque no sea una belleza, como digo, y vaya descubriendo canas clandestinas a un ritmo imparable, aún tengo mi público cuando me pongo a ello.

Sin embargo, el acontecimiento tendría que ocurrir en sábado pues ¿con qué cara le digo al individuo en cuestión, durante la velada, que antes del amanecer me piro? Y si se lo anuncio previamente, ¿qué hombre sensible –para tarugos ya me bastó con uno– está preparado para un abandono, aunque sea minúsculo? Hay un inconveniente añadido: llego al fin de semana molida, no me apetece salir a ligar ni soporto el ruido de los bares, e internet es tan frío... ¿cómo descifrar si alguien cuya mirada solo ves a través de una pantalla es un ser delicado, auténtico? Imposible. Un fraude. Lo dicho, que mi vida es una mierda. Pero es mía.

Como a la Archiduquesa, el insomnio me ha ganado la partida. Releo de nuevo el cuento. Penetrar en su misterio aviva mi interés. Me conmueve su soledad por miedo a entregarse, por terror a ahogarse en el llanto infinito de la niña que fue. Yo nunca he sentido una tristeza tan lacerante; fui amada en la niñez y, después, la esperanza y el humor me salvaron, me siguen salvando. ¿Me habré dormido cuando llegue el alba? Ha comenzado a llover. El repiqueteo de las gotas en el alféizar me serena, y preludia el olor a tierra mojada cuando abra la ventana, aunque me tendré que conformar con el asfalto de Madrid. La promesa del alba.

El alba... Ay, qué tonta ¡aquí está la clave! La llave de mi fortuna, porque aún no he renunciado a dar y recibir gestos de amor, palabras de ternura. El alba que nos entrega la desnudez del otro, y la mía, sin miedo a la disolución, a las arrugas ni a la flacidez, confiando, mirándonos a los ojos. El alba acogedora. Pura esperanza.

Desde mañana, cuando conozca a un tipo atractivo, cualquier día de la semana, le susurraré la palabra mágica, algo como “¿te apetece estar conmigo hasta el alba?” Si le veo receptivo al primer envite, puedo añadir, con osadía, “el alba que nos desnuda por dentro”. Fijo que no se resiste. No olvidemos que se trata de un hombre sensible. Y, si capta el plagio, es que acabo de encontrar a un admirador de Sampedro. Miel sobre hojuelas.

Creo que me está entrando el sueño... Si mañana me duermo y llego tarde al trabajo, le suelto a mi jefe “lo siento, el alba me halló dormida”. Fijo que le dejo sin argumentos. Pura nana.